

Quijotes y Sanchos

La dicotomía entre sencillez y complejidad es una constante en el ser humano. Entre ambas posturas, a veces solapadas, transcurre nuestra existencia. En ocasiones lo sencillo puede ser extremadamente complejo y lo complejo extraordinariamente simple. A veces sucede que la simplicidad resulta fútil ante los ojos del observador pasajero, aunque ésta cualidad responda a un hombre satisfecho de sí mismo, de su tiempo y fortuna. Por el contrario, una búsqueda permanente puede parecer atractiva desde una perspectiva externa, pero responder a un espíritu inquieto, sin fundamento, sin descanso ni seguridad. Desde luego, también es posible observar esta circunstancia a la inversa.

Cuando Henry D. Thoreau decidió vivir en el bosque y apartarse durante unos años de la ciudad, lo hizo con el convencimiento de que la simplificación de su vida era condición necesaria para comprender el sentido de la existencia. En cierta medida, su postura fue una forma de ascetismo con la que el escritor pretendió ampliar su mundo espiritual y artístico. De aquella experiencia surgiría su libro, *Walden: la vida en los bosques*, cuya lectura está unida al inconsciente colectivo del pueblo norteamericano. *Walden* influyó en el pensamiento de ilustres personajes, como Tolstoi o Gandhi.

También la poetisa Roseana Murray, autora que escribe fundamentalmente para la infancia, describe muy acertadamente la simplicidad en uno de sus más conocidos poemas. Cuando lo hace, pocos pueden no sintonizar con sus palabras.

La escritora brasileña se expresa en estos términos:

Simplicidad

Como quien busca agua,

Fría y sonora,

En el pozo, detrás de la casa.

Poseer, apenas lo esencial.

Poseer, no el pájaro, sino su vuelo,

No el agua, sino el rumbo del río.

Roseana hace de la sencillez una verdadera forma de estar en el mundo, siendo en esos gestos menores -recogida del agua, observación del pájaro, mirada del curso renovado del río- donde sitúa la cima de su experiencia vital.

Tal vez no exista en la historia de la literatura una obra que haya descrito con tanto acierto la controversia entre simplicidad y complejidad -llaneza y abstracción- como *El Quijote*. La dualidad que suponen las dos naturalezas que conviven en el interior del libro, encarnadas en las figuras de Don Quijote -idealismo, intelectualidad, inadaptación-, y Sancho Panza -pragmatismo, realismo-, parecen tener continuidad en las posturas que han asumido los cervantistas defendiendo distintas interpretaciones de la novela.

Santiago Muñoz Machado es el actual Director de la Real Academia Española de la Lengua. Gran conocedor de la obra de Miguel de Cervantes, este erudito jurista, profesor universitario y ensayista ha dedicado buena parte de su trabajo escrito a desarrollar temas jurídicos e históricos. No obstante, una de sus últimas obras, titulada *Cervantes*, la dedica a nuestro más insigne escritor.

En su ensayo, Muñoz Machado diseña un recorrido pormenorizado a través de la obra de Cervantes desgranando los diferentes aspectos que conforman su estructura: biografía, mito, fuentes literarias, política, sociedad, religión, etcétera. Uno de los capítulos más controvertidos aborda el problema de las interpretaciones que ha tenido el *Quijote*, desde las que defendiera el propio Miguel de Cervantes, fundamentando su escritura en la crítica de los libros de caballería y en procurar la diversión de sus lectores con independencia de su condición social, a otras que comenzaron a tomar forma más de un siglo después de su fallecimiento, bajo el impulso del Racionalismo del siglo XVIII, pretendiendo dar a la novela un sentido profundo, filosófico, e incluso sacro, un tótem capaz de responder al desamparo y la desorientación del ser humano ante las incógnitas que presenta la vida.

Cervantes lo manifiesta de la siguiente manera:

“Y pues esta vuestra escritura no mira a más que a deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballería, no hay para que andéis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la Divina Escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de santos, sino procurar que a la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas, salga vuestra oración y período sonoro y festivo, pintando en todo lo que alcanzáades y fuera posible vuestra intención, dando a entender vuestros conceptos sin intrincarlos y escurecerlos. Procurad también que, leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla. En efecto, llevad la mira puesta a derribar la máquina mal fundada destos caballerescos libros, aborrecidos de tantos y alabados de muchos más; que si esto alcanzádes, no habríades alcanzado poco”.

Fue Nicolás Díaz de Benjumea, uno de los más grandes conocedores del gran escritor alcalaíno, quien iniciara el debate acerca de la naturaleza profunda del Quijote, manifestando en un escrito publicado en prensa en 1862 señaló:

“La opinión de que el Quijote no es más que un libro de entretenimiento, es coetánea de Cervantes. Si tal argumento se alega y se demuestra al público que el Quijote es un libro muy donoso, muy bien escrito, muy admirable, pero meramente de recreo, se verán en mucho menoscabadas la importancia del poema, la significación histórica de Cervantes, el valor de su inteligencia, lo profundo de su observación y la grandeza de sus miras, pero, en cambio, poseeremos una verdad, y una verdad vale más que cien errores por grandes que sean”.

La réplica la obtuvo de otro destacado cervantista, Juan Valera, quien en el mismo periódico le contestaría en estos términos:

“Más no por eso dijimos que el señor Benjumea hubiese penetrado bien el espíritu del Quijote, antes afirmamos lo contrario, sosteniendo que en esta bellísima novela no hay ni puede haber esa doctrina esotérica, esa filosofía oculta, esa maravillosa ciencia que el señor Benjumea pretende haber hallado. El Quijote es en nuestro sentir, una obra de arte, una poesía, un libro de entretenimiento, y nada más. Sería hartos inverosímil que hubiesen pasado siglos sin leer nadie en el Quijote más que aventuras divertidas y discretas conversaciones, llenas de chiste, y viniese ahora el señor Benjumea a descubrir una filosofía, una doctrina hondísima que no habíamos llegado a sospechar”.

El mundo del *Budô* no es ajeno a esta dualidad y, al igual que hizo en su día Juan Valera, expresando su amor por el *Quijote* y mostrándolo como cima del arte poético, pero alejando su interpretación de una concepción esotérica que ya muchos investigadores trataban de subrayar e imponer en sus análisis, así defendemos algunos nuestro amor por las tradiciones marciales japonesas sin llegar a esa sublimación abstracta, enalteciendo tanto su exigencia física como sus principios educativos. Esta significación no es reduccionista sino lúcidamente realista, manteniendo intacta la impronta que todo arte despierta en la naturaleza humana sin renunciar a la implicación física, básica, primaria, elemental y fundamental.

Como sucediera en aquella ocasión en la que fuimos invitados a compartir nuestra experiencia en un curso de doctorado organizado por la Universidad de Extremadura y dirigido a licenciados en Psicología. Nuestro anfitrión creía que la carga filosófica que conlleva el estudio de las Artes Marciales tradicionales tenía cabida en aquellas sesiones matinales en las que los profesores reunían a sus estudiantes para indagar en la naturaleza de lo humano.

Siendo el director de los cursos un veterano *aikidoka*, incidió en focalizar la exposición en el *Aikidô*, por considerar que esto haría que la perspectiva fuera

más filosófica y estética y los estudiantes empatizaran más y mejor con las Artes Marciales, creando vínculos con su especialidad profesional.

Llegamos -mi maestro y yo- dispuestos a disfrutar de una jornada en la que, sin haberlo pactado previamente, defenderíamos el propósito del *Budô* tradicional, sus fundamentos y una historia centenaria que lo asociaba al mundo espiritual. Nuestro amigo me dio la palabra en primer lugar y rompí el hielo haciendo breve mención a la historia del *Aikidô*, orígenes e influencias, la figura del fundador, su epopeya vital, la actualidad de este arte, diseminado hoy por medio mundo, sus beneficios físicos y psicológicos, etcétera. Después, abrí mi disertación a lo que consideraba de mayor calado para aquellos estudiantes y, obviando los aspectos que presuponia más terrenos, básicos y simples para unos profesionales de la psicología -técnica, exigencia física, estrategia, practicidad-, hablé de unificación, armonía, cooperación, empatía, construcción frente a destrucción, consecución de la paz frente al conflicto y elevación espiritual, pensando que en estos conceptos se verían ellos más reflejados. Al finalizar, haciendo balance de mis palabras, creí firmemente que la charla había sido muy bien aceptada.

Habló después mi *Sensei* quien, tras haber visitado nuestro país durante décadas, ya podía entender básicamente mis explicaciones, argumentos y conversación si me expresaba en español. No sé si fue por esta razón, o tal vez por ajustar y equilibrar mi exposición, más abstracta que tangible, pero sus primeras palabras al tomar el micrófono fueron rotundas: *el Aikidô es un Arte Marcial de defensa personal*. A continuación, se levantó y puso algunos ejemplos prácticos en los que yo mismo ejercí de atacante y él de defensor. Su breve exposición fue un éxito y los estudiantes quedaron del todo satisfechos con la experiencia.

Aprendí de aquello que las convicciones que siempre he mantenido en relación al estudio y práctica del *Budô* -principios que no tuve la fortuna de exponer, postergando su relevancia en favor de otros más teóricos- no están lejos de ser aceptadas por quienes no conocen las Artes Marciales, si tenemos la inteligencia y sensibilidad necesarias para explicar que lo sencillo puede ser absolutamente complejo y hermoso, y lo intrincado extraordinariamente simple, y a veces incluso perturbador.

En la actualidad, existe una necesidad casi imperiosa de explicar el *Aikidô* desde un *corpus* conceptual tan abstracto como alejado de la realidad, un canon que fundamenta su razón de ser en la existencia de un mensaje que trasciende lo mundano, elevándolo por encima de ese aspecto tan elemental, genuino y propio de un Arte Marcial que es la practicidad. Y esto por entender que todo ese conglomerado de llaneza, esencialidad, rudimento y simplicidad que exige la técnica no es sino intrascendente, prescindible, secundario y primario.

En mi opinión, la deriva actual del *Aikidô* es una muestra fehaciente del triunfo del concepto -*mensaje*- sobre la forma. En una progresión irrefrenable,

se observa cómo este Arte Marcial se ha convertido en un refugio, pero no de artistas marciales clásicos, diligentes, voluntariosos, esforzados e incluso sufridos, sino de una pléyade de buscadores espirituales, estetas, idealistas, pacifistas no-violentos a tiempo parcial, moralistas, esoteristas y fabuladores que hacen de su práctica un nuevo *mindfulness*, trascendiéndose unas formas que hasta no hace muchos años exigían de un rigor físico más que notable, útil también como filtro de *budokas* verdaderamente comprometidos.

Afortunadamente para algunos, aún es posible encontrar en el panorama del Akidō hombres y mujeres que, sin miedo a la exigencia, trabajan este Arte Marcial acometiendo todas sus variables, gritando *kiai*, ciñendo sus armas, comprometiéndose en las acometidas, manteniendo fidelidad al *bokuto* y al *makiwara*, explorando *kihon*, *henka waza*, *atemi*, *kyusho* y afilando su espíritu en el *keiko*.

Hago mías las palabras de otro gran escritor español, Francisco Umbral, quien en uno de sus más bellos textos –*Un ser de lejanías*– nos dejó algunos pasajes que resumen, con mayor acierto, sin duda, lo que yo he pretendido expresar.

Por ejemplo:

“Toda esa gente quiere que nos sintamos importantes, nos pasean por el cielo y por la tierra, nos abruma de dioses y pecados, nació la trascendencia en una iglesia como útil derivado de un poema. Y el filósofo ateo y la mujer doliente quieren que nos sintamos infinitos, el cielo tan sencillo de esta tarde, con hojas de moneda y luz de enfermo, nos lo quieren cambiar por otro cielo retórico de arpas y profetas”.

“Esa cordillera de cosas cotidianas y sabidas que es la realidad”.

“Hay una dimensión del hogar que sólo descubre el niño. De la persona descomunal que le toma en brazos le interesa un botón determinado. Del mar sólo le interesa una concha. Sabe reducir lo enorme a su medida, compendiar el mundo y entenderse con lo inmenso mediante lo pequeño”.

Saber reducir lo enorme a su medida, compendiar el mundo y entenderse con lo inmenso mediante lo pequeño. He aquí una muestra de lo que entiendo por este camino –*Budō*– que, al igual que defendieran Cervantes, Thoreau o Rosanna, sin necesidad de levantar los pies del suelo, en el ejercicio cotidiano de lo real, alejados de la abstracción impenetrable y echando raíces en la cotidianeidad, nos permite descubrir esa inmensidad que vive y se expresa en lo sencillo.